

DE LAS MEMORIAS CONSPICUAS DEL SIGLO XIX:
EL CASO DE RAMÓN SUBERCASEAUX VICUÑA

*ON CONSPICUOUS MEMOIRS FROM THE XIX CENTURY:
THE CASE OF RAMÓN SUBERCASEAUX VICUÑA*

Gabriel Salazar Vergara
Universidad de Chile
gabrielsalazarv@gmail.com

RESUMEN

Se propone una lectura de un tipo de memoria que puede denominarse “conspicua”, cuyos autores han pertenecido a elite minoritaria de la sociedad. La figura más representativa de ese grupo fue, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, Ramón Subercaseaux Vicuña, diplomático, parlamentario, pintor y viajero connotado. Se analizan las estrategias propias de esa clase de testimonios, organizado en este caso alrededor de lugares significativos: los de la infancia; la red familiar y social en el país y en el extranjero cuyo centro es París, el dominio de clase; los “excesos” aristocráticos (política, elecciones) y los del “bajo pueblo”, siempre distanciado.

PALABRAS CLAVE. Ramón Subercaseaux; memorias, elite social, lugares sociales, “bajo pueblo”.

ABSTRACT

This article proposes the reading of a “conspicuous” kind of memoir whose authors belong to the minority elite in Chilean society. The most leading figure in this group at the end of XIX and the beginning of XX century was Ramón Subercaseaux Vicuña, a diplomat, congressman, painter and famous voyager. Some typical strategies for this kind of testimony are analyzed around significant places: childhood, family and social network in the country and abroad with a social class control center: Paris, along with aristocratic excess such as politics, elections, and those of the lower social class always kept in distance.

KEY WORDS: Ramón Subercaseaux, Memoirs, Social elite, Social places, Lower social class.

Recibido: 11 de marzo de 2013 Aceptado: 30 de abril de 2013

I

La memoria humana es una habitación cultural latente, de retaguardia.

Nube densa, por supuesto, recargada, de reserva. Impregnada de electricidad afectiva. Y como está siempre detrás, apagada en pretérito, yacente entre cráneos, olvidos y galpones, diríase de ella, legítimamente, que es oscura. Penumbrosa. Al recorrerla, sus túmulos difusos, carcomidos por la amnesia, y sus curvilíneos pasillos en secreto distraen el rumbo lógico del pensamiento. Como un laberinto sin luz ni hilo precavido. La razón pura no sale de ella, por eso, bien parada, ni por la puerta principal, sino, más bien, desgreñada. Por un albañal. Insegura de sus pasos pasados, presentes y futuros.

Por eso, los grandes historiadores del pasado han proclamado su inutilidad científica (y con ello, también la inutilidad histórica del sujeto ingenuo encadenado a ella). Desconfían de ella. Se la ha mirado y aún se la mira de soslayo. Por esto, se la ha desprestigiado: es el continente del subjetivismo y la fuente de la mediocridad...

Tanto más si se trata de la memoria *social*. De los cúmulos dispersos en la gran llanura *colectiva*. Ésa, la del pueblo completo. La de su historia más que centenaria. Aquélla donde yace y se revuelve todo. En desorden, sin armonía, ni consenso. Sin altura de miras. Sin racionalidad lógica ¡ni línea política, ni tono filosófico! ¡Sin selectividad fina!... Con todo, pese a todo, los sujetos vivos, individual y personalmente, en el día 'd' de su existencia, proclaman *urbi et orbi* su fidelidad a la memoria, y la invocan en unción cuando se miran a sí mismos, dos veces, en retrospectiva, no con los ojos, sino con el corazón, con todos sus sentidos a rebato, con toda la gente que los besó y los golpeó, con todas las vísceras en la mano. A veces sangrantes. Otras veces alegres, orgullosos de sí mismos y de su paso estelar por este mundo. A veces sinceros. A veces exagerando. Otras veces mintiendo. Pero siempre, siempre, a plena voz, a todo pulmón, en grandilocuencia, de tú a tú, de nosotros a vosotros... ¡*Para que no olvidéis!*

Porque, pese a la soberanía indiscutida de la ciencia pura y la creciente dictadura tecnológica, la memoria subjetiva e inter-subjetiva vive y revive sus derechos. Una y otra vez. En nosotros y en vosotros. Precisamente cuando el hombre es, al final del día, "humano, demasiado humano". Cuando nos hemos quedado solos (sin Estado, por ejemplo). Cuando nos convertimos, existencialmente, en epílogo puro, en rúbrica final irreversible, o sangre cristalizada en transparencia. Y es allí y entonces cuando se escriben las "memorias de mi vida y de mi tiempo". Un poco antes de que se extingan esta vida y ese tiempo... Y todos, casi sin excepción –científicos y teóricos incluidos–, cogen en sus dedos las páginas y leen sus 'memorias' con respeto, con seriedad casi mortal. Como si fuéramos nosotros mismos. Pues las fibras íntimas, humanas, vibran humanamente con las cuerdas también íntimas que pulsa, letra a letra, el escritor memorialista. En clave *de profundis*... Como si fuera un trago de savia vital

en alcohol máximo, para sentir, aun si fugaz, pero inteligiblemente, la embriaguez de la identidad real...

¿Quién puede prohibir o acallar la belleza del canto subjetivo del cisne humano?

II

Sin embargo, ¿por qué no todos los hombres y mujeres dan cuenta de sus ‘memorias’? ¿Por qué la mayoría de ellos se van de este mundo sin abrir ni vaciar los arcones donde han atesorado, en oscuridad y desorden, el trayecto íntimo de sus vidas? ¿Por qué? ¿Y qué ocurre con todos esos queridísimos recuerdos, que se hunden en la nada encerrados para siempre en la cárcel del olvido? ¿Qué será de ellos, cuál es su estatus en ese nimbo? ¿Es posible, es necesario, es solidario *rescatarlos*, traerlos de vuelta al sol, al fogón de los humanos, a la luz siempre viva de nuestro sino? ¿Por lo que fueron ellos y por lo que somos nosotros mismos?

En Chile, los “memorialistas” que –hasta donde se conoce– han vaciado para la posteridad el cofre íntimo de sus vidas no son más de medio ciento. O poco más, o poco menos. Y la mayoría de ellos corresponde a un cierto tipo, escaso y excepcional, de personas. La gran masa de los chilenos pasa por la historia sin dejar registro de su voz íntima. Reptando en silencio y hundiéndose luego sin dejar rastro. Tanto más si, sobre todos ellos, antes y después, planean y dominan memorias aladas, del aire más que de la tierra, poderosas, de garras más abarcadoras, más taladrantes y luminosas, de grito sostenido y eco permanente, dogmatizando la verdad y execrando la eventual mentira... Por eso las memorias vivas, terráqueas, además de estar acumuladas con descuido en la habitación de atrás, circulan por el mundo divididas entre sí, dispersas, temerosas y estratificadas, a hurtadillas, sojuzgadas bajo el imperio de las memorias taladrantes...

Es preciso, pues, para empezar, clasificarlas. Y en primer lugar tenemos aquí, allá y acullá, en todo caso arriba, en el aire, la *memoria oficial*, esgrimida por la ley y la autoridad, por los vencedores, los militares, los sacerdotes, los jueces y los políticos. Señores: es la ‘memoria del Estado’. Y su voz, altisonante, se deja caer y permea todos los intersticios, arrinconando la intimidad. Desde las estatuas. Desde los nombres de las calles. Desde los textos escolares. Desde el Palacio de Gobierno. Desde el cuartel hasta la calle. Desde los viejos a los niños. Desde las madres a sus hijos. Desde el mandato hasta la conciencia subjetiva. Normativamente.

En segundo lugar tenemos, también afuera, pero no en todas partes; también con sentido de autoridad, pero sin vencedores ni estatuas ni voces de mando; también con pretensiones de verdad, pero no en arenga, sino en propuesta y pedagogía, la *memoria historiográfica*. Es una memoria profesional, al servicio de la comunidad. Que se rige, sin embargo, no por el recuerdo cálido de la vida en sí misma, sino por las normas de la ciencia, la técnica y la metodología. Trata de rescatar la memoria de

todos, pero, a menudo, como un ‘todo’. Como un sistema nacional o mundial. O como abstracción numérica. Como si todo fuera, a falta de algo más humano, Ley. O Estado. O Mercado. Como si la vida se agotara en sí misma tributando a la una, o al otro, o al otro. Vaciándola de contenido subjetivo o intersubjetivo. Por eso, a menudo, nos guste o no, la memoria historiográfica se sienta, solemne, en dudosa majestad putativa, a la diestra de la memoria oficial...

En tercer lugar, tenemos, no fuera sino dentro, no arriba sino abajo, no en todas partes sino aquí, precisamente aquí, los múltiples brotes de la *memoria viva, personal, o social*. Voces legítimas, libres, no regidas por ley, ni método ni comando. Liberando el mundo tibio pero relegado de la subjetividad. La melodía intimista de la humanidad, interpretada por ella misma. Sin rebotes ni refracción en aparatos legales. Ni en teorías absolutas. Sin retrocesos ante el yatagán. Dispuesta a salir al exterior, desafiante, en orden o en desorden, en regla o a borbotones. Arriesgándolo todo... Pero, como se dijo, es un himno escaso y heterogéneo. La mayoría de los exponentes de esta memoria descende su voz, rauda, desde la elite minoritaria de la sociedad. La minoría, por el contrario, levanta la suya desde el chato y multitudinario “estado llano”, entrecortada y, casi siempre, tímida. La memoria ‘social’ puede, pues, subdividirse en: a) una *memoria conspicua* (personalidades de elite), y b) una *memoria ciudadana* (personas que representan llanamente un tipo, una masa, o un estrato social).

Ejemplos señeros de “memoria conspicua” son los recuerdos publicados por Luis Orrego Luco, Julio Subercaseaux Browne, Crescente Errázuriz Valdivieso, Joaquín Irrarrázaval Larraín, Francisco Undurraga Vicuña, Eduardo Balmaceda Valdés, Abdón Cifuentes Espinoza, Inés Echeverría Bello y Ramón Subercaseaux Vicuña, entre otros, todos los cuales dejaron testimonios directos del notable “sentimiento aristocrático” de las elites chilenas del siglo XIX. Y también conspicuos han sido los testimonios editados por Manuel Rivas Vicuña, Arturo Alessandri Palma, Arturo Olavarría Bravo, Gabriel González Videla, Eduardo Frei Montalva y Carlos Prats González, entre otros, que dan cuenta de la memoria agudamente “político-estadista” de las élites chilenas del siglo XX. Testimonios que, de un modo u otro, comparten, con los memorialistas del siglo XIX, un cierto “sentimiento aristocrático” de la vida, de la historia y, sobre todo, del Estado...

Tales ejemplos contrastan diametralmente con las escasas y casi siempre anónimas “memorias llanas de la ciudadanía”. Del cacique mapuche Pascual Coña, por ejemplo; del obrero Elías Laferte; de la pobladora Rosa Quintanilla; del peón-gañán Benito Salazar; de las militantes torturadas Luz Arce y Marcia Merino, etc., que no revelan sentimientos de plenitud humana –como las memorias conspicuas– sino al contrario: de inconclusión, de drama y lucha, para liberarse de la alienación. Voces que se distinguen, tanto en el siglo XX como en el XXI, no por su interpretación solista, sino por ser parte de coros humanos anchos y profundos, que resuenan desde el fondo de la tierra. O de la sociedad. Pues cantan por todos y sienten en conjunto.

Y sobre todo, esperan al unísono. Voces y coros que, hoy, tienden a ser recogidos, escuchados, grabados y re-proyectados por los nuevos métodos de la Historia Social.

III

Con todo, en este bosquejo se examinará y comentará sólo la memoria y testimonio de Ramón Subercaseaux Vicuña (1854-1936), no como intérprete ‘solista’ y único, sino como la voz probablemente más representativa de las memorias conspicuas –en registro aristocrático– que se expresaron a sí mismas en Chile alrededor del Primer Centenario (última mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX). No se hará un estudio biográfico o historiográfico del autor, como tampoco de su clase social, sino un repaso de sus notas más memorables, en tanto constituyen, al mismo tiempo, un *eco sincopado* de las otras memorias de su misma estirpe. Y, por cierto, del “tiempo viejo” (Orrego Luco) “que se fue” (Balmaceda Valdés)...

Es destacable, desde luego, que prácticamente todos los memorialistas conspicuos del siglo XIX organizaron sus testimonios en torno a *siete lugares significativos* de sus recuerdos: a) los de su infancia (casa, colegio, barrio, ciudad); b) los de su extensa red familiar y social en Chile (salón, universidad, hacienda, club, iglesia, playa); c) los de esa misma red, pero fuera de Chile (París, Roma, Londres); d) los lugares rotativos de sus tertulias y sus fiestas, en torno a la madre y/o la abuela; e) los de su dominio como clase (el Palacio de Gobierno, el Congreso Nacional, la Bolsa de Comercio, la Iglesia, los Cuarteles); f) los de sus ‘excesos’ y ‘pegatas’ (sistema electoral, gabinetes, barrios rojos), y g) los ocupados por el “bajo pueblo” (mirados desde lejos, con desdén o con temor). El repaso de los recuerdos conspicuos memorables de Ramón Subercaseaux Vicuña se hará, pues, siguiendo el reguero significativo de esos siete ‘lugares’.

a. *Lugares de infancia.* Aquí irrumpe la “casona”, aquella con decenas de habitaciones, por supuesto, situada en el mismísimo casco histórico de la capital. Ese mismo barrio al que el Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, llamó “la ciudad culta”, al que refaccionó entero para asemejarlo progresivamente a París, y al que rodeó de un “camino de cintura” para protegerlo y aislarlo de “la ciudad bárbara” (la de los rancheríos). En él, después de 1860, los niños de la memoria conspicua podían ir al colegio, de visitas y/o jugar, sin ser mayormente molestados. En las remembranzas infantiles de Ramón Subercaseaux Vicuña no vibra, en apariencia, temor alguno.

Lo más lejano que alcanzo a percibir en la oscuridad de mis primeros recuerdos es la casa de la calle Catedral que habitaba mi familia, y que dejamos para mudarnos a la calle de los Huérfanos en el año 1858. La casa vieja[...] estaba dividida en dos; había a la derecha un departamento que ocupaba mi padre y que tenía un patio especial. Allí me llevaban por la mañana para dar los buenos días... La arquitectura y distribución de la calle de los Huérfanos[...] parecían

una novedad de hermosura, de lujo y comodidad... El primer patio con sus grandes baldosas de mármol blanco[...] los tres salones decorados por Filastre, un artista habilísimo llegado para terminar el antiguo Teatro Municipal, eran en realidad suntuosos[...] La estatua grande del patio blanco se parecía quizás algo a mi madre y yo creía que era su imagen[...] (1 y 4).

Protegidos por tales casonas, por un barrio completo de casonas y un Estado que además procuraba proteger Santiago para que se pareciera cada vez más a París, los niños se sentían seguros, pese a las revueltas callejeras que el “populacho” desató contra el presidente Manuel Montt. En esa seguridad organizaban bromas pesadas (“pegatas”) y se burlaban cruelmente de los sirvientes humildes que estaban a su servicio. Las “pegatas” eran de grandes proporciones y “daban que hablar no sólo en el barrio sino en toda la ciudad”. La más sonada fue cuando los muchachos distribuyeron invitaciones en las casonas vecinas para que sus moradores asistieran a un gran baile que se efectuaría en la casa de sus padres. Grande fue la sorpresa de la madre de Ramón cuando, al atardecer, “llega un criado a anunciarle que una señora venía con sus niñas vestidas de baile”. Y luego fueron llegando más y más elegantes jóvenes y jovencitas, acompañadas de sus respectivos cuidadores. La dueña de casa tuvo que cerrar la puerta y deshacerse en explicaciones. “Mis hermanos y sus amigos gozaban del espectáculo desde una ventana de la calle”. El juego invasor de las “pegatas” los llevó a convertir un sirviente doméstico (era lavaplatos) en un payaso o bufón, que participaba en todas las travesuras de sus patroncitos, sobre todo fuera de casa. Fue famoso “el tonto de los Subercaseaux”.

Podían, pues, transitar por las calles con perfecta tranquilidad. Por ejemplo, “yo seguía a mi madre (al templo) llevándole la alfombra o el libro; si se me perdía en la iglesia, desde lejos la reconocía entre todas, a pesar del manto, por su estatura y forma de cabeza. A la vuelta a casa se me hacía correr adelante para tenerle el vaso de agua que acostumbraba tomar después de comulgar”. Es que la casona, el barrio y la ciudad eran, para el niño Ramón, un área donde podía moverse libremente, con la misma seguridad (matriarcal más que patriarcal) de protección que tenía dentro de su hogar. “Me había criado en el centro de la ciudad, en medio de una familia muy relacionada”. La profusión y extensión de las “pegatas”, lo mismo que el bufoneo constante, atestiguan de modo rotundo esa libertad y esa seguridad. Por eso, cuando llegó el momento de “internarse” en un colegio, Ramón sintió que perdía no sólo su libertad, sino también el sentido de poder adosado a su vida de niño: “Tuve que recogerme al colegio de San Ignacio, despidiéndome de mi casa y de la ciudad por donde me complacía en pasear mirándolo todo y gozando de todo. Santiago era como cosa mía” (79).

La sensación de gozoso poder que había sentido respecto del espacio urbano (que era además la capital de Chile) no podía sino apagarse, reprimida, en un recinto saturado de reglas, horarios y profesores que no pertenecían, precisamente, a su grupo

familiar. De este modo, la educación, la escuela o el aprendizaje sistemático no constituían un medio directo para alcanzar la cultura superior y el sentido de libertad (eso se obtenía sin sacrificio en el mismo hogar), sino, casi, al contrario. En verdad, todos los memorialistas conspicuos consideraron que el sistema educativo institucionalizado era, de hecho, un estorbo innecesario para su proceso de formación. El aprendizaje valioso —es decir, el conspicuo— se adquiría, no drásticamente en un lugar extraño, sino, cariñosamente, dentro de la casa y al interior de sus influyentes relaciones sociales. Se requería más de lo mismo, no algo distinto. “Comencé pensando tristemente en todo lo que había perdido, pero seguí animándome un poco con el día de salida que habría antes de un mes”.

En cuanto al estudio, el sistema fastidioso y rancio... era desgraciadamente el mismo de los demás colegios grandes de la ciudad... tanto estudio y tanta clase y tanta distribución de rezos no nos hacía sabios ni santos... Los pasos de estudio nos aburrían enormemente y en las clases también nos esforzábamos lo menos posible en aprender las lecciones de geografía e historia santa... Pero llegó así un primer lunes de mes, que estos eran entonces los designados para la salida... y en cuanto teníamos la venia corríamos a la calle San Ignacio como pájaros desenhaulados (79-87).

El cambio del colegio San Ignacio al Instituto Nacional no alteró ni la sensación ni la opinión que Ramón tenía del sistema educativo. Incluso cuando recibió clases de don Diego Barros Arana: “enseñaba él mismo la historia literaria, paseándose con un cigarro encendido en una sala grande repleta de alumnos, que nunca hablaban de él sin llamarlo por el apodo de ‘palote’... Rafael Egaña era de los pocos que parecían entender o tomar interés en el curso”. Y de este modo Ramón Subercaseaux obtuvo el grado y diploma de bachiller en humanidades, del cual comentó: “el bachillerato, vestigio de Salamanca, que da patente de sabiduría precoz y causa el primero de los mirajes engañosos de la vida... La primera tentación que viene al bachiller es la del empleo público[...]”. En general, el testimonio de Ramón sobre el sistema educativo de “los colegios grandes” donde iban los muchachos como él es extenso y detallado. Como fuente para la historia de la educación de élite, es importante. Sin embargo, ese mismo detallismo muestra suficientemente la sensación de inutilidad que tenían los alumnos frente al sistema educativo organizado precisamente para ellos. Por eso, Ramón escribió:

Sin saber por qué ni para qué, me encontré incorporado al año siguiente en el primer año de leyes de la Universidad; o, más bien, fui inducido a entrar en ese orden de estudios siguiendo a la mayor parte de los jóvenes de mi condición, y cumpliendo los deseos de mi madre, que tenía el camino de la preparación abogadil como el mejor, sino el único, que me convenía (174).

No fue, por tanto, un buen alumno (“debo confesarlo, era de los peores”). La Universidad no vino a despertar su interés en la ciencia o en el saber, del mismo modo que tampoco lo había hecho el colegio. “Si llegaba temprano a clase, era nada más que para organizar la partida de recreo que se iba a la calle... En cuanto a la materia misma de la nueva enseñanza, pocas hay que me hubieran provocado menor inclinación; mil cosas solicitaban mi curiosidad antes que las leyes”. En realidad, para quien desde niño había experimentado el dominio real, efectivo y juguetón de la ciudad (en realidad, sobre su barrio conspicuo), ¿qué sentido tenía estudiar las leyes en abstracto o el poder en teoría? “Como yo –escribió– había ya varios otros que sólo iban a clase con el ánimo de dar exámenes y de terminar con todo si era posible, por dar el gusto a su padre o a quien correspondiese”. No es extraño que, a fin de cuentas, declarara:

La Universidad, cuyo solo nombre comenzaba a parecerme una mentira, pues su universalidad se reducía al patio de leyes, mereciendo apenas contarse las otras secciones o facultades en que se incubaba la ciencia[...] (186).

El temprano y juguetón aprendizaje del dominio de la ciudad (“Santiago era una cosa mía”), sustentado en una familia “muy relacionada” con otras familias de poder, tornaba innecesario y superfluo un sistema educativo basado en la reclusión y en la abstracción enajenada de lo que de hecho se vivía, en familia y en el barrio, sin limitaciones mayores.

b. La red familiar, social y de clase. Los memorialistas conspicuos del siglo XIX pertenecían a familias extensas enlazadas parentalmente entre sí, de modo que, siendo poseedoras de muchas propiedades y grandes fortunas, disponían de múltiples ‘lugares’ donde encontrarse, comunicarse, emparentarse y establecer consensos sobre sí mismas y ‘sobre todo lo demás’. No constituían, ni mucho menos, la mayoría de la población (sumaban, a lo más, ochocientas familias) pero la fluidez de sus relaciones internas les otorgaba, desde la partida, un grado considerable de ‘unidad’ que, por el contrario, era el gran déficit o la gran tarea política a resolver por el resto de los estratos sociales que, multitudinarios como eran, vivían dispersos y desorientados. Por eso es que, aparte de ser una élite o gran familia, constituían una ‘clase social’ redonda, íntimamente relacionada y poderosa. Todos los memorialistas, todos –incluyendo sus actuales descendientes– reconocen los estrechos lazos de parentesco que los unían. Endogámicamente. De ahí que la memoria conspicua dé profusa cuenta de la obsesión rutinaria por encontrarse, aquí, allá, en todas partes, continuamente, ritualmente, entre ellos mismos. Reconociéndose como iguales una y otra vez. Sin parar. Y engendrándose y reengendrándose en idéntica igualdad.

Vivía mi padre en La Serena y sólo vino a establecerse en Santiago para su casamiento... Fue siempre[...] muy amigo de don Diego Portales[...] Pero la familia que más estimaba[...] era la de don Joaquín Tocornal[...] Como todos

los que habían hecho fortuna en las minas del norte, mi padre la había invertido[...] en empresas agrícolas del sur[...] Habilitó la hacienda de San Francisco del Monte y la de Colmo en la desembocadura del río Aconcagua. La finca del Llano de Subercaseaux[...] la destinaba principalmente a sus paseos con familia o con sus amigos (6-8).

Las familias de fortuna abrían sus casonas, continuamente, para recibir en sus salones a otras familias de fortuna. Y allí comían, bebían, escuchaban música y, sobre todo, conversaban. Los temas eran, todos, o casi todos, importantes, de modo que podría decirse que eran ‘asuntos de Estado’. Mi casa –escribió Ramón–.

[L]lena de familia numerosa y recibiendo siempre muchos amigos, era una de las más alegres de la ciudad. Los domingos se hacía estrecha para los convidados a la gran mesa; después de comida llegaba más gente y entonces, con la conversación de los grupos que discurrían o de política o de las cosas de la ciudad o de los negocios del día, y con la música del piano que todos pedían y nadie escuchaba, el que entrara al salón amarillo que daba a la calle de Morandé, podía preguntarse en qué acontecimiento grato y repentino se encontraba toda la casa.

Y lo que ocurría en casa de Ramón ocurría también en otras casonas de la ciudad, al mismo tiempo o en sucesión. La tertulia, la conversación y la asamblea de las familias conspicuas eran permanentes. Casi cotidianas. Con o sin música de fondo.

Los “convidados” y los “visitantes” de motu proprio no eran, por supuesto, hombres o/y mujeres sin importancia. Los niños se habituaron por ello, desde pequeños, a tratar e incluso regalonear con ‘hombres de poder’.

“Nuestro vecino, el general Blanco Encalada, venía a mi casa muy a menudo y a mí me gustaba recibirlo y correr a anunciarlo a mi madre[...] Mi tío Pedro Vicuña, padre de los Vicuña Mackenna, era persona muy querida en la casa y lo veíamos todos los días[...] Alcancé a conocer personalmente a los generales Viel y Necochea. Al primero lo llamábamos ‘papá Viel’, por pura analogía, porque así lo llamaban en la casa de los Concha y Toro, ligados a nuestra familia por doble parentesco de afinidad... mi cuñado Melchor Concha y Toro era ministro de Hacienda[...] El ministro del Interior era don Miguel Luis Amunátegui y todo el Gabinete se reunía por la noche en casa de mi madre, en el escritorio de mi cuñado, contigo al salón donde la familia recibía a sus tertulianos[...]” (69-71 y 164).

Durante el año, la conversación conspicua iba de salón en salón y de casona en casona. Durante el verano, se trasladaba a las casonas de los fundos, donde, durante un mes, se reunían, conversaban, descansaban, galopaban, se regocijaban y, a veces, se enamoraban y casaban, 20, 30 o 40 primos. Los fundos del patriciado santiaguino –que ocupaban tanto los valles del norte de la capital como el Valle Central– estaban también

contiguos y colindantes, de modo que la sociabilidad patricia podía galopar de un fundo a otro, y no cesaba en ningún momento. Si –como subrayan otros memorialistas– el veraneo se hacía en la costa, se reproducía el mismo fenómeno, sobresaliendo, en este caso, los balnearios de Zapallar, Papudo y Viña del Mar. ¿Era todo eso suficiente? ¿Necesitaba la compulsiva y rutinaria sociabilidad conspicua algo más? Sí, necesitaba más, y ese saldo supremo lo cubrió el Club de la Unión.

Se pidió a París un mobiliario de las mayores comodidades y de toda elegancia, se adornó con estatuas de bronce y se edificó, en terrenos del jardín interior, un suntuoso templete para los billares. Eligió de presidente a don Luis Cousiño y se hizo un verdadero centro de alta vida. Don Luis Cousiño era el árbitro de las elegancias de la ciudad, a la que reveló los mil detalles del buen vivir europeo. Tenía muy buena figura, maneras sumamente caballerosas, un trato culto y fácil adquirido en la sociedad cosmopolita de París y una gran fortuna, unida a un sentido discreto y oportuno para gastarla con generosidad. Sus coches y caballos eran los mejores que se habían visto; su vestir era irreprochable, llevaba flor al ojal y fumaba cigarros cuyo perfume recuerdo haber ido sintiendo en la calle a más de diez pasos de distancia [...] (229-230).

La sociabilidad y conversación no eran ni mera sociabilidad ni mera conversación, ni sólo el modo de concordar el ejercicio del poder: se trataba también de refinar los gestos, la actitud, la elegancia y el conocimiento de una cultura que se estimaba superior: la europea. En especial, la de París. Los encuentros, recurrentes como eran, involucraban también la necesidad de mostrarse, unos a otros, los grados de identificación gestual y material que cada miembro de la élite había conseguido alcanzar respecto al modelo europeo. Competían entre sí, emulándose, en la emulación de la cultura exterior. Y, ciertamente, ese esfuerzo, sostenido y permanente, llegaba, en algunos espíritus, a ese nivel superior –símbolo de la verdadera cultura y la auténtica aristocracia– en que se toma distancia de todos esos fenómenos, y se les aprecia desde arriba, críticamente. Ser autocrítico pudo ser, pues, demostración de un espíritu superior, aristocrático de pura cepa. Ramón Subercaseaux Vicuña reveló en sus memorias que él, desde muy joven, pudo tomar distancia de las prácticas rutinarias de su clase para adentrarse en esa esfera superior de la cultura. Pues, si no le gustó el Colegio ni la Universidad, era porque, aparte de la diversión juvenil, la gustaba leer en su casa, apreciar el arte, la música y el refinamiento del espíritu. Eso le permitió observar que, desde la década de 1870, la compulsión aristocrática de la gente conspicua –su clase– había llegado a un punto de quiebre.

Porque no sólo la transformación de la ciudad y el socorro diario de la política daban tema; sino que se ofrecían a la discreta consideración de la gente bien informada no pocos asuntos escabrosos y negociados incorrectos. Amoríos de un género nuevo para Santiago y especulaciones poco honestas [...] andaban

por ahí todos los días produciéndose, o dándose apariencias de producirse por primera vez[...] Que el placer y la fortuna fueron un aliciente más fuerte desde entonces, es innegable. Creo que [...] fue por aquellos años de 1872 y 1873, cuando se pudo notar la mayor transformación de orden moral que ha sufrido Santiago desde la Independencia[...] Los carruajes ya no habían de ser más que de Million Guiet o de Binder, los amueblados de Krieger, los plaqués de Christoffle y los cristales de Baccarat[...] se compraba[...] el lote de estatuas de pacotilla[...] y miles de otros objeto de arte falsos[...] (231-233).

De este modo, tan alta y densa sociabilidad generó en los memorialistas del siglo XIX la posibilidad y la necesidad de relacionarse, siempre, con gente del más alto nivel. Naturalmente. Como dado de suyo. Como si las élites debieran estar siempre relacionadas entre sí. En Chile y fuera de Chile. Por eso, Ramón Subercaseaux, por ejemplo, estando de paso en Buenos Aires –camino a Europa–, sintió la necesidad natural de conocer los hombres más importantes de Argentina. Y, por supuesto, dejó registro de eso: “Me llevaron a conocer a Mitre y Sarmiento, que eran como las dos columnas de la nación. Yo deseaba conocerles, por cuanto en Chile eran muy estimados y recordados”. De modo que, premunido de ese deseo y de esa propensión, Ramón podía aventurarse por el mundo –sobre todo en Europa–, en la certeza de que seguiría moviéndose entre élites...

c. *Fuera de Chile: París, Roma, Londres.* Toda la sociabilidad conspicua y toda la conversación aristocrática apuntaban, como a su norte magnético, a Europa. Específicamente, a París. Como si todo fuera una sostenida preparación para asumir e identificarse, ojalá in situ, con la cultura parisién. Lo que se enseñaba en el colegio y en la Universidad (religión, historia sagrada, historia de Chile, latín y leyes) no era el camino más directo para aprender esa cultura. Pues debía ser una cultura asumida e internalizada. O sea: vivida. Las élites viven la plenitud humana y social, no la memorizan como abstracción. Por tanto, no debía aprenderse de memoria a partir de un libro. Fue la razón por la que Ramón prefería leer en casa: “mis lecturas me producían el deseo de viajar, y de ver en Europa esas cosas que formaban la materia literaria de mis libros”. Tanto más si los salones estaban decorados con muebles, cortinajes y jarrones importados de Francia. Si a las tertulias asistían también comerciantes y navegantes extranjeros, cónsules, religiosos y artistas europeos. Si, en añadidura, el modisto, el sastre, el fabricante de coches, el tendero, el sombrerero, el peluquero y el droguero que tenían shops en el centro de la capital eran, sin excepción, franceses. “El prestigio de las cosas de Francia no tenía más límite en Chile que el prestigio inglés, el cual era entendido más bien para las cosas del comercio y la navegación”.

En consecuencia ¿por qué no extender la torrentosa rotativa de conversaciones, tertulias y sociabilidad elegante hasta la misma Europa? ¿Por qué no peregrinar a París, o, mejor, por qué no *emigrar* a París, el centro verdadero, último, de la identidad

cultural del patriciado nacional? ¿Por qué no establecer en plena Ciudad Luz una colonia aristocrática chilena, del mismo modo en que la había en Zapallar, en las haciendas de todos los valles y en el Club de la Unión? ¿Si, en añadidura, estaba a un paso de Londres (donde se concentraba el oro del mundo) y a otro paso de Roma (donde se concentraba la fe salvadora del mundo católico)? ¿Por qué no? Por eso, muy joven, Ramón Subercaseaux comenzó a viajar a Europa. Una vez. Otra vez y otra y otra.

Después volví y eché otra vez el sueldo, y volví de nuevo. Y así he seguido apareciendo en Roma hasta la impresión de estas memorias. En el consulado de Chile tienen anotado que he estado allí veintitrés (23) veces[...] La vieja Europa había cobrado[...] demasiado ascendiente en mi espíritu[...] aprovecharía en dar la primera educación a mis niños. Era propicia la época: los negocios estaban buenos, el cambio internacional daba todavía un valor respetable al peso chileno[...] ¡Pobre gente, la que no vive en París! [...] Tuve que venir a mi país en el año 1890[...] Salí de Viña del Mar a tomar vapor en Buenos Aires, para volverme a mi hogar que por entonces había quedado en París[...] (327, 413, 424, 433 y 436).

Todos los memorialistas conspicuos, todos (tanto los aristocráticos del XIX como los políticos del siglo XX), dan cuenta –a través de largas, entusiastas y detalladas descripciones– de su peregrinar por, o de su emigración a Europa. Con recalada obligada en París, Roma y Londres. Y todos asumen eso como un proceso educativo profundo, el superior a todos, o como la reafirmación de convicciones que, siendo europeas, sustentaban su dominación en Chile. Y, ciertamente, como rito de re-identificación con lo que era, acaso, *su verdadera identidad*. Como si fuera su verdadero país. Es notable que Ramón Subercaseaux fuera o volviera a Europa para resolver, incluso, cuestiones domésticas de él o de su familia. Como la de la educación de los niños, por ejemplo, o la salud de toda la familia. “Como siguiera sintiéndome enfermo sin saber por qué y después de repetidas auscultaciones de los médicos (chilenos), me prescribieron éstos un tratamiento en las aguas de Karlsbad, en Bohemia. Era lejos, pero conservaba mi agilidad para viajar. Con mi mujer y mi hijo León de 15 años me embarqué en el ‘Orita’, vía Magallanes con destino a Francia”. Pero en Europa los médicos, al auscultarlo, determinaron que era añoranza por las montañas de su país, y que su salud la recobraría con una “corrida de duchas frías”. Así lo hizo, y al cabo de pocos meses “volvíamos tranquilamente al Llano de Subercaseaux de Santiago”.

Como él, otras familias conspicuas experimentaron, alternadamente, la añoranza de París y la añoranza de las montañas de Santiago. Por eso, en París apareció finalmente, una ‘colonia’ de chilenos. Y escribió: “la colonia chilena tenía entonces no menos de 300 miembros”. Casi la mitad de las familias aristocráticas del siglo XIX. No fue extraño, por tanto, que en ese ‘lugar’ se discutieran y se decidieran, domésticamente, graves asuntos de Estado. Lo que quedó de manifiesto cuando en París se

instaló, prácticamente, el Gobierno de los revolucionarios que derribaron al presidente José Manuel Balmaceda, en 1891:

Casi en su totalidad (los ‘colonos’ chilenos en París) se hicieron partidarios de la revolución. El ministro Antúnez y su secretario quedaron aislados y comenzaron a ver todas sus diligencias cruzadas por otras que iniciábamos los sublevados. Don Agustín Ross y Augusto Matte tomaron la dirección del movimiento (438).

Sin duda, la colonia chilena –vinculada estrechamente con la banca nacional, los comerciantes europeos y el mundo frívolo del Viejo Continente– pudo manejar contactos relevantes en Francia e Inglaterra, que favorecieron, al menos diplomáticamente, la posición de los revolucionarios de 1891. La vida elegante y desenfadada de los “trasplantados” en París (descrita crudamente por otros memorialistas), operó, en este caso, como un ‘lugar’ complementario para conversar y decidir la situación crítica que se había planteado en Chile. Fue, de hecho, ‘otro’ Club de la Unión. Casi, un Palacio de Gobierno en exilio...

d. El sello de distinción: el salón, la fiesta. Rol de la madre y de la abuela. Es notorio que Ramón Subercaseaux no asumió la asunción chilena de la cultura europea de un modo frívolo, como ocurrió, en cambio, con otros representantes de la elite nacional del siglo XIX. En su caso, esa cultura la asumió en serio, para sí mismo y para su familia. Tal vez por esta opción íntima, sus memorias no abundan en descripciones de fiestas y frivolidades, como es el caso, por ejemplo, de las de Eduardo Balmaceda Valdés o de Luis Orrego Luco.

Y como ese derroche de lujo y alegría fue un rasgo distintivo (y casi escandaloso hacia 1910) del patriciado chileno de fines de siglo, no cabe ignorarlo aquí, pese a que en las páginas de Subercaseaux tales prácticas sólo se vislumbran en el trasfondo de algunos de sus recuerdos, o veladas tras una crítica insinuada, pero general y convincente (ver más arriba). Es lo que se subentiende cuando describe la “pegata” del baile que debía realizarse en su casa materna de la calle Huérfanos, por ejemplo, o las alegres reuniones que su padre realizaba periódicamente en su gran quinta del Llano Subercaseaux, o la precisión con que señala los objetos de lujo que rodeaban a las familias de su clase. Es sabido que, tanto en las cotidianas tertulias como en los frecuentes bailes de gala, la elegancia, la conversación, el lujo y la alegría giraban en torno a las mujeres, tanto las mayores (madres y/o abuelas) que presidían y lideraban esos eventos, como las jóvenes, en torno a las cuales giraban la alegría, el baile y las flechas del amor. Y a su vez, si en todo lo que se refiriera a los negocios y la política la figura del padre era preponderante y decisiva (patriarcalismo), en lo que tenía que ver con la fiesta, el boato, la elegancia, la caridad, la honestidad ‘mariana’ (estilo Virgen María) y el matrimonio, el rol de la madre (o la abuela) era, sin duda, central (matriarcalismo). En este sentido, la encarnación viva de la cultura parisina y romana

se producía, sobre todo y de modo excelso, en la madre. Tenía, pues, aroma femenino. Todos los memorialistas conspicuos destacan su figura a nivel de excelsitud. Ramón Subercaseaux no fue la excepción:

El fallecimiento de mi madre, en el año 1912 y a la edad de 96 años, marcó mi ánimo una de las fechas de mi vida. También la marcó para la entera sociedad de Santiago donde su espíritu de caridad y su admirable don de gentes le tenían señalado un sitio especial. Cuando algún historiador de costumbres quiera abordar el tema de las de Santiago, se encontrará muchas veces con la figura noble, hermosa y bondadosa de doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux. Los diarios llenaron aquel día la primera página con el elogio de sus virtudes; porque ella, así como sabía influir en la política y en la vida religiosa, tenía su casa abierta para los pobres y vergonzantes, para los artistas y los poetas, para los marinos, para los extranjeros... En la cosa pública todo le interesaba, todo lo conocía[...] (v. II231-232).

La cultura superior (europea), el lujo inimitable (mercantil) y la fiesta feérica (derroche de elegancia), los tres símbolos de estatus que nadie en Chile, salvo su élite aristocrática, podía exhibir, tenían su matriz y polo gravitatorio en Europa (París), su eco reverberante en las casonas y palacios del casco histórico de Santiago, y su encarnación más pura y representativa en las mujeres de alcurnia, exactamente, como Magdalena Vicuña de Subercaseaux. Si algunas de esas mujeres pudieron superarla por su belleza y su impacto en el mundo europeo (como Eugenia Huici o Teresa Wilms), o por su cultura letrada (Martina Barros de Orrego), o por su generosidad filantrópica (Juana Ross de Edwards), Magdalena Vicuña destacó porque tuvo en sí misma, de modo equilibrado, todas esas cualidades. Es lo que se desprende de las memorias de su hijo.

Con todo, como se dijo, si las memorias que aquí comentamos no dan cuenta de la rotativa de fiestas feéricas, otros autores sí lo hicieron. Cabe, por esto, citar algunas líneas que, en este sentido, escribió Eduardo Balmaceda Valdés:

La vida social era muy activa, como no había mejor entretención para nuestra clase; la temporada de teatros era breve, y luego, en la gran *saïsson* con sus bailes y recepciones se sucedían de sábado a sábado, las casas principales rivalizaban en elegancia y buen tono. La casa de los Edwards Mc Clure, en calle Catedral esquina de Morandé, era centro de encantadoras reuniones[...]; doña María Lyon de Cousiño[...] abría las puertas de su palacio en la calle Dieciocho; en el palacio de don Enrique Concha y Toro estábamos siempre en comidas y recepciones[...] En la casa de Valdés Ossa, en Agustinas esquina de San Martín; de Mackenna y Eyzaguirre, en el antiguo palacio Echaurren-Herboso[...]; de Balmaceda Valdés en Catedral esquina de Morandé; de Matte Hurtado; de Fabres Blanco, de Valdés Larráin, etc. se sucedían toda clase de brillantes reuniones sociales. Doña Emilia Subercaseaux de Concha, después de algunos años de ausencia en

el extranjero, abrió los salones de su gran casa de la calle Huérfanos esquina de San Antonio, donde se festejaba al atrayente grupo de sus nietas Concha Valdés, Concha Hurtado, Irarrázaval Concha y Ossa Concha[...] (144-145)

e. *Los lugares del dominio de clase: Gobierno, Congreso, Administración, etc.* La vivencia en Chile de la cultura europea-parisina era, después de todo –como lo dijo Balmaceda Valdés– una “entretenición”, un símbolo de estatus y un toque de distinción. Algo así como una externalidad conspicua. Un traje importado o un baile de máscaras. Lo cual era importante en Chile –no en Francia o Italia– por tratarse de un modelo de vida imposible de imitar por otros sectores sociales. Sin embargo, esos hombres y mujeres, en última instancia, eran irremediamente chilenos, que sentían, tras dos o tres años de peregrinar en el hemisferio norte, añoranza de su tierra real y el tironeo lejano de su tronco familiar. De modo que la mayoría de ellos debió asumir, más tarde que temprano, a regañadientes o no, su condición de ciudadano ‘criollo’ y –no hay que olvidarlo– su rol de ‘clase dirigente’. Y eso no era un imperativo menor.

En verdad, implicaba asumir –lo que también era una cuestión de estatus– alguna función, cargo o profesión reconocida dentro del aparato institucional del país. De preferencia dentro del Estado. Sin duda, esta necesidad era, para la élite, de rango secundario, algo así como de retaguardia, que se perfilaba casi como un ‘deber’ o una obligación molesta pero ineludible. No obstante, los recursos materiales y las relaciones de que disponían las familias en conjunto (su parentesco, su fortuna y su poder) les permitía alcanzar esos cargos o funciones sin tener que hacer ni concienzudos estudios, ni méritos laboriosos ni una carrera brillante. De retorno de Europa, o por oferta graciosa, herencia o gestión oficiosa, podían acceder sin dificultad a posiciones importantes en la Administración, Congreso Nacional, Gobierno, o en sociedades mineras, agrícolas, bolsa de comercio o en la banca. Todas esas posiciones habían sido y eran ‘lugares’ frecuentados y dominados, desde antaño, por las grandes familias. Y cabe agregar que, como hacia 1915 los títulos de nobleza habían perdido peso real, posibilidad y funcionalidad, los roles institucionales vinieron, de súbito, a cobrar un atractivo social mayor que en el siglo XIX. Es lo que los mismos memorialistas llamaron, como lamentándose, “la empleomanía”. Ramón Subercaseaux Vicuña destaca ese hecho en sus memorias, al decir que no bien los jóvenes obtenían el bachillerato salamanquino, aspiraban de inmediato a un empleo público, deseablemente de nivel medio-alto. Pertenecer a una familia “muy relacionada” facilitaba, por cierto, el acceso a eso niveles. De ese modo la elite superior pudo controlar todas las cúpulas del Estado y de la Administración Pública, lo mismo que la comandancia militar y la jerarquía eclesiástica.

Detrás de la elegancia parisina se desarrolló, pues, sin forcejeo aparente, una relajada carrera político-burocrática, que pudo con el tiempo alcanzar, como por osmosis de clase, el mismo nivel de prestigio que el del peregrinaje cultural a Europa.

De este modo, los peregrinos patricios pudieron regresar sin temor a caer en el vacío, pues ya tenían preparado otro de sus ‘lugares’ típicos, de encuentro y reencuentro entre iguales: el ‘empleo’. Así, casi todo el aparato institucional del país se agregó, en hermandad igualitaria, a Zapallar, a los parques y casonas de las haciendas, a los palacios del casco histórico capitalino, al Club de la Unión y a la vieja ‘colonia’ de París. Toda la cúpula del país entró, por eso, a orbitar en el peregrinaje ida y vuelta (transcontinental) de las familias conspicuas.

Los que descollaban eran... los que volvían de Europa y principalmente de París... Pero donde los más apuestos de la juventud encontraban la buena ocasión de lucir su figura era en los batallones de la guardia nacional[...] iban a misa de uniforme[...] (74-75).

Todos mis parientes resultaron conservadores y anti-republicanos, y trabajaban activamente en la política local y en las elecciones (379). Mi generación era librecambista (352).

Ramón Subercaseaux pensaba que no se podía ser ‘aristócrata’ todo el tiempo y todas las horas del día. Es decir, no se podía entender ni asumir el estatus patricio como “clase ociosa”. Era de gran mérito trabajar también en la ciencia, en el gobierno, en los negocios y en la filantropía. “Los que[...] van encumbrándose a nuestra vista por la sola fuerza del dinero o de la fortuna política, que es vidriosa y traidora las más de las veces, y en ocasiones mal merecida. La aristocracia, como se sigue entendiendo en Europa, es inadmisibles”. Por eso, en sus ‘venidas’ a Chile, solía ocuparse en trabajar introduciendo, en sus tierras y negocios, la tecnología más avanzada que había conocido en Europa. E incluso incursionaba en la política convencional. Sin embargo, todo su relato da cuenta de que, una y otra vez, la fuerza de su identidad cultural lo llevaba a regresar a Europa. Fluctuaba, pues, entre dos polos. Entre su refinada identidad parisina y su porfiada condición de aristócrata *chileno*. Tanto más si, dada su posición en la madeja de las relaciones conspicuas, la oferta de cargos públicos caían sobre él de modo natural:

No era aun ni mayor de edad. Me vinieron sin embargo a tentar con una suplencia en la cámara joven para las elecciones que se acercaban. Acepté sin gran interés, más bien por novedad, y salí elegido por Angol[...] Me había visto con el coronel don Cornelio Saavedra, entonces Ministro de Guerra, el cual me dio una carta para el general Basilio Urrutia, residente en Angol y Comandante de la Frontera. Este me dijo que no tuviera cuidado. Entonces se procedía militarmente, como más tarde pecuniariamente. Era la edad de hierro de las elecciones[...] Hacerme amigo y conocedor del ejército me interesó más... que el papelito que iba a desempeñar en la política (354).

Ramón Subercaseaux no se interesó, sin embargo, en seguir la carrera política, como otros jóvenes aristócratas, a su turno, lo hicieron, sobre todo cuando el tipo de cambio del peso chileno se derrumbó estrepitosamente en el mercado internacional. Pero la gravitación específica y el prestigio recargado de que gozaba la condición aristocrática aumentaban en vez de disminuir si el involucrado lograba mantener hasta su madurez su peregrinaje europeo y parisino. Que fue el caso de Ramón Subercaseaux, y también, por ejemplo, de Agustín Edwards Mc Clure. De modo que, ya en su vejez, se “le honró” con varios cargos de representación política de nivel nacional. Fue, en efecto, designado vicepresidente del Consejo de Habitaciones para Obreros y Ministro de Chile en Alemania e Italia. Fue electo diputado y senador (pero continuó viajando periódicamente a Europa) y Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Juan Luis Sanfuentes. Finalmente, en 1924, culminando ya su vida (tenía 70 años de edad), fue designado Embajador en el Vaticano. Era la cumbre de su trayectoria. La realización suprema del ideal aristocrático del siglo XIX: poder, boato, elegancia, religión, cultura, distinción. Sigamos sus palabras, que reproducen todo el contexto, el proceso y el cenit de esa culminación:

Mi cuñado, el Embajador en el Vaticano, Errázuriz Urmeneta, seguía perdiendo su salud, hasta que un día llegó la noticia de su muerte. Por cierto, perdió el país un gran servidor, idóneo y desinteresado. No sólo en el círculo vaticano sino que en toda Roma su personalidad era altamente apreciada. Su casa, su palacio podemos decir, recibía a las familias más distinguidas, a los más altos dignatarios, a los intelectuales más notables de la ciudad[...] Supe en la Cancillería que sería yo el sucesor nombrado[...] El Presidente se encontraba efectivamente dispuesto a preferirme. Comencé discretamente a hacer mis preparativos[...] Y por unanimidad me eligieron (en el Senado)[...] A fines de mayo nos embarcamos con mi hija Isabel y la fiel María Aldasoro que nos acompañaba y servía en toda ocasión desde hacía 25 años[...] Solemne fue la recepción[...] discurso benévolo del Papa en contestación al mío, marcha casi procesional con honores militares, hasta la escalera real que baja a la basílica de San Pedro; nueva recepción, de canónigos ahora, y marcha hasta la capilla interior del Sacramento, donde me esperaba un reclinatorio de terciopelo carmesí; y por último otra adoración frente a la tumba del Apóstol bajo la gran cúpula. A la salida por la puerta del centro caemos en las manos del cuarto poder, el de los fotógrafos. Un grupo de chilenos miraba y seguía de lejos el cortejo.

Era su estadía número treinta (30) en Italia y, particularmente, en Roma.

f. *El testimonio de los ‘excesos’ aristocráticos: la política, las elecciones, etc.* La irrefrenable tendencia al peregrinaje europeo de los aristócratas chilenos y a la valoración suprema de la ‘externalidades horizontales’ que eso implicaba, determinó que el rol propiamente dirigente de esa élite (es decir: lo que era nada más y nada

menos que el gobierno vertical del país) fuera relativamente descuidado y generara, con el tiempo, situaciones críticas y la perpetración de excesos que tuvieron un enorme impacto social. Lo cual le costó, como se sabe, su desprestigio político y la radical oposición de las clases medias y populares, sobre todo entre 1900 y 1932. Los memorialistas conspicuos fueron conscientes de esos estropicios y, de un modo u otro, recordaron, en su estilo, ese tipo de eventos, pese a que no concordaba con el tenor y espíritu de lo que, en verdad, les interesaba memorizar y publicar.

Preciso es señalar que ningún memorialista conspicuo eludió ese tipo de eventos. Todos, en mayor o menor escala, los consignaron, pero todos, también, sin entrar en un examen profundo de los mismos. En ningún caso esas memorias ocuparon el espacio que, en cambio, destinaron a la descripción detallada de sus viajes por las capitales europeas, sus museos y sus tradiciones. Dan cuenta de sus ‘excesos’, pero con esa medida, prudencia y suficiencia que son propias del estilo aristocrático de conversación. Son sólo esbozos y perfiles. Por eso, es preciso leerlos con alguna clave para moverse entre líneas.

Lo anterior se observa, de preferencia, en la presentación de las prácticas políticas. Ramón Subercaseux, medurado como siempre, desliza algunas frases o párrafos significativos. Por ejemplo: “las elecciones no eran la expresión de la voluntad general... sino un simple arreglo de los partidos, o más bien, una simple disposición del jefe de las mayorías: el Presidente de la República”; o bien:

la propia elección de Santa María había sido hecha desde La Moneda, con todas las ilegalidades y atropellos necesarios para apartar al general Baquedano[...] El liberalismo se vio gobernando sin contrapeso[...] por la fuerza de los fraudes electorales[...] hasta que llegó la revolución de 1891, la crisis sangrienta del partido (389-292).

Subercaseux era conservador y en esa cita fustiga a los liberales. Pero él mismo, acto seguido, da cuenta de la elección fraudulenta de Carlos Walker Martínez, su correligionario, y de su elección como diputado por Angol y luego como senador por Lebu. En su tiempo, las élites estudiaban Derecho y militaban en partidos políticos para ser electos al Congreso, designados como ministros en el Gabinete o accedidos a algún prominente empleo público. Escribió: “los hombres más oídos en los partidos[...] no se sienten aguijoneados por las necesidades de la nación. Aman a su país, pero las medidas generales no les apremian como las medidas particularistas que traen un bien inmediato a los suyos, o un mal cualquiera a sus adversarios[...] No me estaba dirigiendo a hombres de Estado, sino a hombres de partido”. Pero él mismo operaba subordinándose a la lógica de ‘su’ partido:

Yo me había resistido, pero no insistí porque se me hizo ver claramente que para los conservadores se perdería la provincia sin mi candidatura, la cual arrastraría

los votos controlados por la Sociedad que era dueña de las minas de Lebu y por la Compañía de Arauco, las más poderosas de la provincia. Tuve que ir allá e iniciar trabajos; también quería conocer a los ciudadanos de Arauco, cuyo solo nombre me sonaba simpático[...] La cuenta me la pasaron a mí[...] No llegó a \$ 30.000, y entiendo que fue la más baja de cuantas fueron presentadas[...] Sin una gratificación por delante los ciudadanos[...] se quedaban en sus casas[...] Sin duda, el sistema implicaba la condición de tener dinero para triunfar en cualquier elección (202-203).

Fue, bajo esa lógica y a ese precio, electo senador. Pero pronto la vida parlamentaria le asqueó. “Me era penoso ver cómo circulaban en el ambiente del Parlamento nada más que ideas o problemas de puro oportunismo, de pequeñez, de interés de círculo[...] Mi criterio se había hecho europeo de muchas materias[...] y podía medir el enorme trecho que de ellos nos distanciaba[...] mi frecuentación de ambas cámaras no hizo más que confirmar mi pensamiento de que la atmósfera parlamentaria era en realidad insalubre”. Sobre todo, cuando se interiorizó en detalle de la política de colonización de la Araucanía.

Se me figura que meter la mano en su legajo es meterla en un nido de víboras[...] Y en efecto, había allí[...] una porción de expedientes de puro enredo[...] de pura intención de tomar tierras del Estado para negociar con ellas bajo un manto falso de espíritu de colonización[...] La colonización... yo no la entendía sino como una empresa o industria para lucrar por un lado con el Gobierno y por otro con la gente incauta[...] (v. II 243).

Cuando el peso de plata chileno se precipitó en una caída irreversible –provocando la inconvertibilidad de los billetes de banco–, cuando la propia oligarquía presionó para instalar en Chile un sistema monetario basado en oro, y cuando ese sistema se instaló poco después del triunfo de los congresistas en 1891, el ‘oro de la conversión’, como se le llamó, desapareció rápidamente, como por encanto, del país. Nadie más que las élites superiores tenían redes internacionales para hacer salir el oro del país, por canales privados, a bancos extranjeros. Ramón Subercaseux –adscrito desde su temprana juventud a la colonia chilena de París– bien supo de eso.

El oro de la conversión se iba escapando ocultamente, hasta dentro de las maletas de los viajeros, o se sumía, sin salir del país, en los fondos de las cajas de seguridad de los bancos y de los cajones de los particulares, avisados y calculadores. Los capitales y el crédito desaparecieron a un tiempo (554-555).

Hoy se sabe que la escasez de oro precipitó la crisis financiera del patriciado chileno y el oscuro surgimiento de su tendencia a ‘privatizar’ el oro que el Estado comenzó a recibir de los impuestos a las exportaciones de salitre. La decisión de

Balmaceda de evitar esa privatización creando un Banco del Estado y un sistema político descentralizado para incrementar el control ciudadano de las decisiones públicas precipitó al patriciado (a la sazón involucrado más en la banca y en la ‘colonización’ del sur que en el desarrollo industrial del país) a derrocar a ese Presidente. Que fue la más grande reacción aristocrática contra su misma posición de clase. La instalación más bien golpista del patrón oro, y acto seguido la desaparición misteriosa del “oro de conversión”, tiene todo que ver con esa oscura tendencia privatizadora y esa lógica indisimuladamente conspicua. Y por cierto, con el derrocamiento del presidente Balmaceda en la sutilmente llamada “Revolución de 1891”.

El eclipse del oro de conversión, sin embargo, sólo trajo un respiro para los que desesperaban por la escasez de oro. Después de 1898, la escasez reapareció, más aguda aun. Entonces comenzó, de una parte, el drenaje sistemático de la Hacienda Pública (hasta llevarla a la bancarrota en 1922) y, de otra, *la extinción gradual, por raquitismo financiero, del peregrinaje conspicuo a Europa*. La orgullosa aristocracia chilena perdió, así, el cordón umbilical que la unía a París.

Tal extinción la dejó radicada ineluctablemente en Chile, enfrentada, cara a cara, al movimiento social-ciudadano que surgió, contra ella, de todos los rincones del territorio.

g. *A la distancia: el “bajo pueblo”*. La masa de los chilenos quedó apilada siempre en el margen o sobre el abismo con el cual limitaba la memoria conspicua. Desde luego, al otro lado del “camino de cintura” que aislaba y protegía el barrio parisino de la capital. Los memorialistas solían verlo desde las ventanillas de sus elegantes coches tipo parque Boulogne. Es decir: al pasar. Constituyendo una impresión fugaz. A los más, lo sentían merodear en torno al centro de la ciudad, como una amenaza suspendida –pero sólo suspendida– sobre las testas conspicuas que allí habitaban. Ahí y entonces brotaba en ellos un cierto temor, vago, indefinible, como un trueno lejano. Un fragor que, a medida que transcurría la segunda mitad del siglo XIX, se fue sintiendo más a menudo y más cerca. Más cerca. Acercándose paso a paso. Hasta irrumpir en bandadas en 1905. Por eso, en 1859, Ramón lo percibió todavía como una nube negra, pero aislada, lejana y pasajera:

Algunos hechos extraordinarios han quedado también en mi ánimo: me acuerdo de una asonada que obligó a cerrar la puerta de la calle. Oí entonces por primera vez la palabra revolución. Se trataba de uno de los movimientos callejeros que no eran escasos en aquellos tiempos de política agitada (2).

Lo “extraordinario” era que el pueblo estallara en “asonada”. Lo normal era que estuviera hundido en su miseria, en los rancheríos y conventillos que cercaban, por tres de sus cuatro costados, la capital. Enterrado y sometido. Callado y cabizbajo. Cuando los Subercaseaux iban a su quinta en el Llano, al sur de Santiago, debían atravesar,

necesariamente, el cordón de rancheríos que se extendía por el sur de la ciudad. “Los ranchos comenzaban también inmediatamente después de la Cancha de los Monos (hoy, Avenida Matta), bajos, oscuros, miserables y hediondos, *pero eso no era ya la ciudad*”. No eran ni podían ser, por tanto, ciudadanos. Ni, tal vez, chilenos. La frase del memorialista es dura: “*eso no era ya la ciudad*”. Y por tanto, no era problema ni motivo político de preocupación para los que vivían y eran dueños del centro de lo que sí era ciudad. “En Londres –recordó Ramón Subercaseaux– veía yo cuánta razón tenía un inglés en no comprender el orden social nuestro, que efectivamente permite levantar la casa estucada, grande y suntuosa, cerca del conventillo sucio y miserable”.

Era evidente que la profusión de viajes a la cultísima Europa (una veintena o treintena de peregrinajes por cabeza patricia) no trajo consigo ningún progreso para el “bajo pueblo”. Más bien al contrario.

El pueblo se hallaba tan atrasado como antes de la guerra, mas no deseaba ocuparse (la elite que gobernaba)[...] en otra cosa que en hacer reformas teológicas[...] y en preparar un sistema electoral de falsificaciones y violencias (389-390).

Ese sistema electoral era, precisamente, el “camino de cintura” que impedía que el pueblo se manifestara y actuara como ciudadano legítimo para cambiar el “orden social nuestro”. Y el que, por lo mismo, lo inducía e indujo a vender su voto (que no tenía valor cívico ninguno) y a expresar su descontento por medios más directos y violentos (delincuencia, huelga, motín). Como cristiano convencido, Subercaseaux no podía menos de sentir una preocupación filantrópica al respecto. Pero dentro de límites bien precisos: el de la medida y la distinción. Pero eso escribió:

No hay cosa más buena y más cristiana que el amor al pobre, que el apoyo desinteresado al desvalido de nacimiento, de fortuna, de dotes naturales, de todo lo que comprende la idea de buena suerte[...] pero de ahí a poner al hombre en preeminencia nada más que por carecer de esos dones, hay un abismo insalvable (v.I, 234).

La caridad cristiana movilizaba el sentimiento del hombre de poder y fortuna, pero no admitía ninguna acción práctica que situara al “pobre” en una situación de “preeminencia”. Es decir: que le reconociera verdadera igualdad ciudadana y real soberanía. La supremacía natural de la clase patricia no podía ser cristianamente alterada. La reaparición periódica de ese “abismo insalvable” a lo largo de décadas y del corrupto sistema político electoral produjo, en 1905, el reventón popular que, por lo dicho, nadie esperaba. Fue una sorpresa. E hizo estallar el miedo patricio y su nerviosidad política, que alcanzó niveles de histeria (las masacres de trabajadores se volvieron rutinarias).

El hecho es que en las horas tempranas de aquel día aparecieron por todos los suburbios unas bandas temibles de trabajadores, de peones auténticos, que congregados espontáneamente avanzaban amenazando propiedades y personas. Era la huelga general y brutal, sin plan definido, sin guía ni propósito conocido, la huelga por la huelga... Sentía una gran inquietud por saber que la ciudad estaba sin guarnición... Era imprevisión del Gobierno... Entonces comenzamos los preparativos de defensa. Yo era Alcalde de la Comuna: hice alistar en pie de guerra a mi policía montada, numerosa de quince hombres, y mi hijo Pedro con algunos vecinos movilizaron hasta sesenta más, todos paisanos con buenos caballos y cargando carabinas... Al ponerse el sol no sólo estaba la fuerza lista para la defensa, sino que pudo marchar en reconocimiento al encuentro del enemigo; los franceses de la bodega por su parte los esperaban con sus armas bien cargadas. Las turbas son cobardes, y dieron otra vez la prueba retrocediendo ante el puñado de jinetes improvisados. Entrada la noche, sin embargo, recibí un tercer aviso de una gran poblada decidida a llegar a la Chacra y tomarla de cualquier manera[...] (v.II, 198-202).

Ramón Subercaseaux no dio cuenta de la masacre de peones en las calles de la capital y el saqueo que éstos perpetraron en pleno centro. Sus memorias dan cuenta de su “gran inquietud” y de los preparativos que hizo, en su condición de Alcalde y patriarca, para proteger su familia y su elegante quinta de recreo. Como quiera que la “huelga” de 1905 haya sido en su origen, proceso y resultados, lo cierto es que el distinguido, aristocrático y europeizado señor del Llano de Subercaseaux tuvo que *chilenizarse*, hacerse cargo en serio de la realidad nacional y enfrentar por primera vez, no versallescamente sino en estilo popular puro, el despertar histórico del lejano “bajo pueblo”. Que en 1905 demostró que, pese a todo, haciéndose realmente visible, quería ser ciudadano de verdad.

Las memorias conspicuas hallaron aquí, de algún modo, su *non plus ultra*...

BIBLIOGRAFÍA

- Alessandri Palma, Arturo. *Recuerdos de Gobierno*. Santiago: Editorial Nascimento, 1967.
- Arce, Luz. *El infierno*. Santiago: Planeta, 1993.
- Balmaceda Valdés, Eduardo. *Un mundo que se fue...* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.
- Cifuentes, Abdón. *Memorias (1836-1928)*. Santiago: Editorial Nascimento, 1936.
- Coña, Pascual. *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Santiago: Editorial Universidad Diego Portales, 2013.
- Echeverría Bello, Inés. *Memorias de Iris, 1899-1925*. Santiago: Aguilar, 2005.
- Errázuriz, Crescente. *Algo de lo que he visto. Memorias*. Santiago: Editorial Nascimento, 1934.

- Frei Montalva, Eduardo. *Memorias, 1911-1934*. Santiago: Planeta, 1969.
- González Videla, Gabriel. *Memorias*. Santiago: Editorial Gabriela Mistral, 1975.
- Irarrázaval Larraín, Joaquín. *Para mis hijos*. Santiago: Imprenta Chile, 1946.
- Lafertte, Elías. *Vida de un comunista*. Santiago: Autoedición, 1957.
- Merino Vega, Marcia Alejandra. *Mi verdad. Más allá del horror, yo acuso*. Santiago: Impreso en A.T.G., S.A., 1993.
- Olavarría Bravo, Arturo. *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas*. Santiago: Editorial Nascimento, 1962.
- Orrego Luco, Luis. *Memorias del tiempo viejo*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1984.
- Prats González, Carlos. *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago: Pehuén, 1985.
- Quintanilla, Rosa. *Yo soy pobladora*. Santiago: PIRETT, 1990.
- Rivas Vicuña, Manuel. *Historia política y parlamentaria de Chile*. Santiago: Biblioteca Nacional, 1964.
- Salazar, Gabriel (Editor). *Memorias de un peón-gañán: Benito Salazar Orellana, 1892-1984*. Santiago: LOM Ediciones, 2004.
- Subercaseaux, Julio. *Reminiscencias*. Santiago: Editorial Nascimento, 1976.
- Subercaseaux, Ramón. *Memorias de cincuenta años. Recuerdos personales. Críticas. Reminiscencias históricas. Viajes. Anécdotas*. Santiago: Imprenta Barcelona, 1908.
- . *Memorias de ochenta años. Recuerdos personales, críticas, reminiscencias históricas, viajes, anécdotas*. Tomo II. Santiago: Editorial Nascimento, 1936.
- Undurraga V., Francisco R. *Recuerdos de 80 años (1855-1943)*. Santiago: Imprenta El Imparcial, 1943.

*A mi ilustre y muy antiguo amigo
don Abdón Cifuentes, su affr. N.º 2007*

el autor

MEMORIAS DE 50 AÑOS

POR

RAMON SUBERCASEAUX

RECUERDOS PERSONALES • CRÍ-
TICAS • REMINISCENCIAS HIS-
TÓRICAS • VIAJES • ANÉCDOTAS

IMPRESA Y LITOGRAFIA «BARCELONA»
CALLE MONEDA, ESQUINA SAN ANTONIO
≡ SANTIAGO DE CHILE : AÑO 1908 ≡

Portada de *Memorias de cincuenta años*. Con dedicatoria a Abdón Cifuentes. (Biblioteca de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica de Chile)